



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 10389

PRECIOS DE SUSCRIPCIONES

En la Península.— Un mes, 2 ptas.— Tres meses, 5 id.— Estra-  
jero.— Tres meses, 11 25 id.— La suscripción se contará desde 1.  
del corriente mes.— La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 2 DE JULIO DE 1896.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en tarjetas de  
facil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cassini  
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS



Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, NUM. 7 (Paseo de Recoletos)

### GARANTIAS

Capital real de garantía: 50.000.000  
Primas y reservas: 21.596.510  
**TOTAL: 71.596.510**

32 AÑOS DE EXISTENCIA

#### SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía Nacional se asegura contra los riesgos de incendio.  
El gran desarrollo de sus operaciones permite la cotización de las primas al público en todas las provincias desde el año 1864, en su fundación, la suma de pesetas 50.150.000.

Subdirección en Cartagena: Sra. Viuda de Soro y C.ª, Plaza de los Caballos núm. 35

#### SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos a primas más reducidas que cualesquiera otra Compañía.

## PAPEL DEL ESTADO

OPERACIONES AL CANTADO Y A FOLIO

DE TODA CLASE DE VALORES

DE MADRID, BARCELONA Y LONDRES

CAMILO PEREZ LURBE

12, CASTELLANA, MADRID

Vea en el anuncio MODA Y ARTE

en la tercera plana

EL DOCTOR USON

Que permanecerá en esta ciudad durante el verano para el tratamiento de los enfermos de los ojos y de la nariz.

Que reside en el número 35, principal.

SIN ALIANZAS

No estamos comprometidos ni solicitamos que nadie nos comprometa. He aquí en síntesis lo que ha

contestado el ministro de la Gobernación al conde de Romanones, cuando éste ha querido conocer en el Senado el criterio del gobierno respecto a las ovaciones que se han hecho en la Coruña y el Ferrol a los marineros de la escuadra francesa y en Barcelona a unos músicos franceses.

Estamos donde estábamos, el gobierno no ha variado de modo de pensar respecto a las alianzas y considerando que la neutralidad es lo que más nos conviene la sostiene y hasta la llamapreciada.

El gobierno está divorciado del país en este punto: no mira con malos ojos los entusiasmos de los españoles hacia los franceses; al contrario, le complacen, pero no entra por el camino que le está indicando el sentido popular.

Quizá tenga razón el gobierno. Tal vez ha tanteado el terreno para entrar por el camino que le marca el sentido público y no lo ha encontrado practicable. Si ha

ocurrido así, lo desconocemos, y prescindimos de ese caso probable, pues no nos hemos de ocupar de cosas que ignoramos.

Por cualquiera razón que sea, el gobierno no es afecto a la alianza con la república vecina. Sus órganos en la prensa lo han dejado entrever así y un ilustre escritor, Julio Burell, ha preguntado desde las columnas de «La Epoca»: «¿Qué bienes nos puede traer una alianza con los franceses? Y cita a renglón seguido el caso de Italia, que formando parte de la triple se ha visto sola peleando contra los abisinios».

El razonamiento no puede ser más peregrino. Italia tendrá pactado con sus aliados que le favorezcan contra las agresiones de Francia y Rusia, pero de ningún modo ha podido pactar que le ayuden en sus proyectos de ensanche de colonias. Si cualquiera de ambas naciones hubiera hecho una demostración contra la península italiana ó contra las colonias de dicha nación no hubieran permanecido ociosos los imperios alemán y austriaco.

En cuanto a lo que nos pueda dar la alianza con los franceses, si no se pretende saber de ellos mismos siempre habrá derecho a hacer la pregunta del señor Burell. En tanto que no haga el gobierno esa pregunta en el terreno oficial estaremos ignorantes de lo que podamos esperar y de si nos conviene ó no lo que se nos ofrece.

Y mientras eso no se sepa seguirá creyendo el país que lo que más le conviene para ahora y para luego es la alianza, con la nación vecina.

## EL MIOPE

(ESCENAS DE BASTIDORES)

—Si veo, si veo.

Esta frase, de una revista muy conocida, dio la primera celebridad al inculpable artista cómico Julio Ruiz.

Y el caso es que no vela nada, cuando aseguraba que sí; de lo cual resultaban los efectos cómicos que daban a conocer el talento artístico del maravilloso actor.

Porque el corto de vista, sobre todo en los escenarios de los teatros, no da su brazo a torcer.

Aunque lo empalen, no declara que es miope. ¡Qué dirían, en otro caso, las muchachas a quienes se dirige!

El modelo que eligió para borrar este artículo es D. Damián, conocidísimo por su verdadero nombre, en todos los teatros de Madrid, en los cuales no hay maquinista que no le haya saltado un tercio, ni guardarropa que haya dejado de verterle en la pechera de la camisa una fuente de natillas.



D. Damián es viejo, pero ve.  
Vista con su acostumbrada claridad, y antes faltará el sol al cielo sin nubes, que a Don Damián le falte una hermosa flor blanca en la solapa izquierda del frac.

Como se dice vulgarmente, no ve tres sobre un burro; pero guárdese usted e querer guiarle, de llamar su atención sobre cualquier obstáculo que se oponga a su paso, porque contestará con indignación, desafiada por la cortesía:

—Si veo, hombre, si veo.

Y para ver si ve, vean ustedes lo que yo le he visto hacer una noche del último invierno en el teatro de Apolo.

A tercera hora se hacia una función con baile, no recuerdo su título.

Don Damián, en viendo una bailarina, va hacia ella sin poderlo remediar, como a la luz la mariposa.

Desde el saloncito se dirigió al escenario.

rio, en pos de una aldea rodeada, y creyendo que no había más que dos calabones donde hay tres, tropezó en el tercero y cayó de bruces al pobre señor.



Ayudado por una corista, que le tendió una mano blanda, mientras se reía a hortadillas, consiguió Don Damián ponerse en pie, diciendo con acento para olvidar el dolor de la caídas: — ¡Pareos en Madrid! Estas cosas de mis rivales; me ponen júbilo en todas las calenas; pero usted vale. Yo no pierdo por nada el equilibrio. Afortunadamente no he llegado a caer.

Y decía esto, de aquellos pecanitos le habla marcané, bastas lobocoras en la blanca pechera de la camisa.

Ya puesto en pie quiso penetrar en el escenario, y creyendo que estaba abierta la puerta, dió sobre ella un encontrón que le derribó al momento, estropeándole, de paso, el ojo derecho.

¡Dijera partial! ¡Pues no abre hacia dentro! Ayer abría hacia fuera. Otro cambio repentino realizado por un competidor. ¡Vaya, no ha sido nada!

Y efectivamente, no era nada lo del ojo, pero se acababa las lágrimas que brotaban de él suplicadamente.

No hizo más que entrar en el escenario, y decirle buenas noches al primer bastidor que, sujeto a un carro, estaba un poco fuera de nivel.

para que se prestaran a sus benéficas miras. Su con-

ta de verlas victoriosamente sus teorías. Es de advertir que los antiguos sobre los pobres estaban por su ventura en esa época, en su punto de vista, y sus procedimientos. Con sus habi- tos de imperiosa justicia, le condujeron al mejor resultado que podía esperarse de la ley que se está ensayando ahora. Demasiado para declararse culpable de un sistema, e intentar más cosas de las que pudiera realizar, reconociendo lo bueno y eligió su principio que no se ha desafiado y practicado en la administración de la nueva ley de los pobres. Uno de los principales objetivos debía ser restringiendo la caridad pública, facilitar la beneficencia individual. El primer tanto el criminalismo a cuya vista se producen ejemplos aislados de dureza ó de opresión por efecto de una ley general y saludable, debe ser a los individuos perjudicados en esos ejemplos, como resultado a sus conductas. A él le voy a hacer, con su carácter personal, la persona que le merece el mérito de haber dejado precipitando. Eso fue lo que, según se sabe, tuvo a la vista el Sr. Travesera en los cambios regulaciones que estableció en sus dominios. La vejez, las enfermedades, la privación de lo necesario sin haberla mirado, el de amparo accidental, encontraban en él un amigo seguro, vigilante, indagador.

No temais, señor mío; justo es que yo sufra como vos, ya que mi abandono, en tener mis deberes os he tentado para que me hayáis engañado; bajo la dirección vigilante del señor Cleveland, faldéis nombre de bien, retiraos con vuestras ilimitadas ganancias. Si os habeis endurecido en el mal, ningún castigo podría corregiros; si no ha llegado ese caso, bastante castigado estais. Con todas vuestras cunas y con un pie en la sepultura, habeis sido llamado pisero sin poder alegar una sola palabra en vuestra defensa. Idos.

Seguidamente tuvo Maltraversa que ocuparse de todos los negocios que le cayeron encima, consecuencia de la mala administración de sus haciendas. Se des- embarazó de algunos de sus arrendatarios, hizo unas reducciones justas en la renta que pagaban otros, dió trabajo a la gente del campo con las diversas mejoras que emprendió y se ocupó seriamente de los pobres. Sin embargo, no se ultrajo a esa caridad, sin discurririmiento con que se compra a vil precio una popularidad, que algunas veces se hace forzoso sostener de una manera ostentosa, estimuló la industria, alentó las esperanzas. Conoció que la ambición, la envidia, que no quería permitirse a sí mismo, eran sus auxiliares más poderosos para conducir a los aldeanos, cuyo caracter estudiaba con mucha atención,

días de su muerte, y habiendo prestado poca atención a este incidente se borró muy pronto de su memoria por otros mil pensamientos y otras mil escenas que se sucedieron. El señor Merou continuó:

— Esperamos la llegada de lord Vargrave, le supongo un amante solitario, más sus deberes le retenen en Londres. Antes de ayer ha pronunciado un discurso asombroso en la cámara de los lordes, a lo menos nuestro partido lo piensa así. El matrimonio debe efectuar se cuando miss Cameron cumpla la edad de diez y ocho años.

Acostumbrado Maltraversa a padecer y disgustos en el arte orgulloso de ocultar sus emociones, no dejó ver a los ojos del rector ninguna señal de sorpresa, ningún indicio de pena. Si el señor Merou hubiese sospechado antes que Maltraversa sonría por alguna cosa más que admiración, sus sospechas se habrían disipado cuando éste le respondió con mucha indiferencia.

— Espero que lord Vargrave merezca su ventura. Pero volviendo al señor Agassiz, me confirmo en la opinión que ya tenía yo formada de ese individuo de lengua saladero.

La conversación se continuó sobre negocios hasta que Maltraversa se levantó para retirarse.

— No concéis hoy con nosotros? preguntó el obispo que se levantó.